

PRELIMINARES

Desconfío de las novelas con la palabra *sexo* en el título, me da la impresión de que quieren timarme. No es algo exclusivo de la literatura, con el cine o las series de televisión sucede lo mismo: si recurren a un cebo como el sexo o la violencia, si excitan los instintos primarios para envolver el producto, debajo no suele haber nada que merezca la pena. No obstante, había leído *Deceso programado*, la obra con que Miguel Ángel Toro se inició en el mundo editorial, y sabía que no necesita estimulantes para complacer al lector. Así que dejé caer los prejuicios a los pies de la cama, apoyé la espalda en la almohada y me adentré en la novela.

Se nos describen al menos ocho escenas de sexo explícito, sin metáforas ni dobles sentidos. En crudo. Penes erguidos, vaginas acuosas y chapoteo de fluidos sobre los muslos. Pero no nos sentimos estafados. El protagonista, cuyo nombre permanece en las sombras, trabaja como camarero eventual en una localidad de la Costa Brava, por lo que el tema carnal resulta casi imprescindible para dotar de verosimilitud a la historia. «Esto es la playa, es verano, el personal va a lo que va (...) Milanyà de Mar no es un lugar romántico, es un picadero», dice el lúbrico Berto (por cierto que su destreza con los diálogos es uno de los mayores atractivos del autor).

Hostelería y ocio nocturno, lujuria y droga. Porque en este libro hay también muchas líneas de coca —si se me permite el tonto juego de palabras—, amén de otras sustancias. Y sin embargo, no falta el amor, o la forma en que los personajes de Miguel Ángel entienden este sentimiento. Incluso a alguno

se le podría aplicar aquello de «Dar la vida y el alma a un desengaño»...

Pero no privemos al lector del placer de descubrirlo por sí mismo.

SALVA SOLANO SALMERÓN

Enero de 2021

—Atiéndeme bien, Óscar: que te acuestes con todo lo que se deje me parece bien, probablemente en tu misma situación trataría de hacer lo mismo. Lo que ya no me parece tan bien, es que tengas predilección por las mujeres con pareja. Te la estás jugando, cualquier día apareces en el sifón del canal, no sé si me explico con claridad. Para hacer lo que haces, al menos, deberías tener la decencia de salir del pueblo. Vete a Barcelona, por ejemplo, mucho más anónimo. Pero no sigas por ahí que acabarás mal, por favor te lo pido.

El interpelado apenas me miraba. Observaba con afectada atención los cuadros de mi despacho, la orla o, por encima de mi hombro, la cristalera que atravesaba la pared a mi espalda, la que ofrecía una bonita vista de la calle. Trataba de compungir el rostro, pero no le salía nada creíble. Era consciente de que lo que estaba haciendo no le llevaba a ninguna parte. En realidad, sí, a diferentes camas, portales, asientos de atrás de vehículos y quizás, solo quizás, a las profundidades del canal gracias a la intervención de un cornúpeta arrebatado de su honor. Esto último no resultaría tan sencillo porque Óscar era un tipo corpulento y en forma; trabajaba de albañil y, según el día, cruzaba insistentemente la piscina cubierta entre setenta y cien veces. También practicaba el balonmano. Y por si todo ello fuera poco, militaba en un equipo de fútbol sala de la liga comarcal (en este caso solo jugaba los partidos, no entrenaba). De modo que los fines de semana, fácilmente, podía coincidir un partido de cada disciplina. A lo que había que añadir el sábado como “día del cazador” (lo cual no excluía eventualidades durante lectivos) que, siguiendo la lógica que

nos trae hasta aquí, se le daba tremendamente bien. Sí, de todos es conocido que una buena sesión de sexo quema unas quinientas calorías y sus beneficios para el sistema cardiovascular. Eso al menos se decía por aquel entonces, declarado año Internacional de La Cultura por La Paz, Año Mundial de las matemáticas, Año del Dragón según el horóscopo Chino, y para la Iglesia católica gran Jubileo por el bimilenario del nacimiento de Jesucristo, así como cualquier otra ocurrencia que no soy capaz de encontrar en mi reservorio de futilidades. No se vinieron abajo de forma masiva los sistemas informáticos como se vaticinó, ni empezó mal el 2000 en términos generales, pero nubes amenazadoras oteaban en lontananza.

A la vista de que el deporte no decrecía la libido de Óscar, ¿qué hacer? No se me habría ocurrido sugerir que lo que necesitaba era una novia porque si algo precisamente no ansiaba, era pareja. Después de diez años de relación insípida, va y le deja: ella a él... por otra (¡por otra!). Y digo yo que tal eventualidad debió crearle algún tipo de complejo que le hacía sentir menos hombre. Total, que por despecho, o para contrarrestar semejante perturbación, se lanzó a ejecutar alevosamente el acto definitorio por antonomasia del macho. Toda esta disertación es una hipótesis mía. Pero ¿por qué esa manía de irse a la cama con mujeres ya comprometidas? No es que se acostase solo con estas, sin embargo, la estadística arrojaba un promedio elevado y preocupante. Esta parte de la ecuación quedaba sin responder ni siquiera a mi manera pseudocientífica.

Óscar no era guapo según los cánones. De hecho, yo lo veía feo. Alto, fuerte, sí, pero un poco cabezón y de cabello ralo. En realidad, creo que tenía la misma densidad pilosa que yo en la testa, pero la proporción no era equiparable. De todas formas, mi opinión no contaba para nada (los heteros, salvo casos de tremenda evidencia, carecemos del talento para atisbar la belleza masculina, así como determinadas variantes del espectro cromático). Andaba y hablaba seguro, asertivo, con la dosificación en el momento oportuno de esa cualidad de triunfador que se ha hecho a sí mismo y no se le ha subido a la cabeza... costaba subir a esa cabeza. Perdón. No omitiré

que tenía los ojos de color verde, de hechuras besugüiles, no obstante, verdes. Digamos que su buen hacer amatorio pasaba de boca en boca y el hecho morboso de acostarse con mujeres comprometidas autoalimentaba la leyenda, creando una espiral lúbrica desaforada.

Estaba convirtiendo el pueblo en un saco de cuernos y, como viene ocurriendo, todos lo sabían salvo los interesados, llegando al punto de existir una inicua red de desinformación cruzada que por algún punto tenía que rasgarse. Resultaba enfermizo escuchar conversaciones en las que se adjudicaban sambenitos a discreción cuando casi todos se pisaban el escapulario. Una paranoia sorda se adueñaba de cualquiera que supiera que su consorte había conversado más de diez minutos con Óscar.

La puesta de sol lanzaba sus molestos estertores directamente a la cara de mi amigo. Mi despacho se encontraba en un tercer piso en el centro neurálgico del pueblo, metido este en una depresión entre montañas de piedra arenisca. En la cima Oeste, un crucifijo de grandes dimensiones partía la luz del sol al caer la tarde y a través del cristal apaisado tatuaba en la pared opuesta su forma aspeada cual nefasto presagio. Reconocía perfectamente el sopor de Óscar a causa de la luz dulce y cegadora... y mis consejos. Como abogado estaba acostumbrado a esa expresión, no de mis clientes, sino de muchos jueces y magistrados ahítos de monsergas. Pero no era ni un cliente ni un juez, era mi amigo y estaba tratando de salvarle el culo. ¿Qué podía hacer yo contra esa fuerza de la naturaleza despreocupada como un animal en la cima de la cadena alimenticia?

Lúgubre sábado por la noche de pueblo venido a menos: mi pueblo. Por mucho que se esfuerzen algunos jóvenes en crear un ambiente parecido a festivo, lamento decir que cualquier tiempo pasado fue mejor y no por una cuestión nostálgica, sino de hechos consumados. He vivido antes y sigo vivo ahora para dar fe que las maneras de afrontar las festividades y cualquier excusa para transformar un día normal en un despropósito lúdico han ido a peor en los municipios modestos... en todos. No sé si darles la culpa a los videojuegos, la música electrónica o a las drogas de diseño (de todo lo cual he participado con fervor), pero que el sábado noche es patético en los pueblos es una realidad tan inescrutable como las Líneas de Nazca.

Sentados sobre taburetes al final de la barra, flanqueando la luz de un ojo de buey sobre la barra, consumíamos sendos cubatas sin propósito aparente. El pub carecía de cualquier interés que no fuera el hecho de que tan solo había otro abierto por aquel entonces. La música era abominable, siendo comedido, y la decoración era tan anodina que soy incapaz de recordarla. Tal vez por el hecho de haberlo recorrido en infinidad de ocasiones puedo jurar que tenía forma de L. Desde la entrada se discurría paralelamente a la barra para llegar a la base de esa L con una especie de pista de baile y los baños “al fondo a la derecha”, franqueados por un futbolín. Tampoco recuerdo el nombre debido a que pasó por tantas manos que cada cual lo llamaba como bien le parecía. Charlábamos escrutando al personal, esperando que ocurriera cualquier cosa. Los sábados eran eso, la promesa de lo impensable en cualquier

momento, sin ir a buscarlo, bastaba con salir. A decir verdad, y sin pretender ser repetitivo, eso era antes. Sin embargo...

Cuan larga era la barra avanzaba Merceditas y no venía por mí, a pesar de que colaborábamos laboralmente en muchas ocasiones. ¿Qué esperaba? Era sábado y tenía a Óscar al lado. Se levantó saliendo a su encuentro. Ella tardó unos instantes en llegar, perdiéndose en las zonas de umbría para saludar a todo el mundo; chica educada, consumada diplomática y política en ciernes.

Objetivo conseguido pasado un tiempo, sin enterrar ni ceder en creencias ni principios porque jamás los tuvo, pero era obstinada, metódica, y obtuvo su premio. Jamás le escuché nada parecido a una convicción política, un ideario, o una duda existencial, nada... Hasta que, de pronto, un día, comenzó a aparecer en fotos junto a conocidos mandatarios locales, provinciales y autonómicos. Por ese orden, en gradación ascendente. Sigo sin conocer qué piensa, aunque sé que si pregunto podré ver reflejado en sus palabras el programa del partido, sin fisuras... incluidas las faltas de ortografía.

Merceditas era algo más joven que Óscar, algo más baja también. Tenía el pelo negro como el carbón, largo y agreste en consonancia con sus formas voluptuosas y cárnicas, si bien su piel lechosa impedía definirla como una mujerona al gusto caribeño. Vestía elegante o, al menos, caro; excesivo en ambos sentidos para mis sentidos, agotadoramente esnob. Desde que ganaba algo de dinero tan solo padecía de vicios caros, entre los que se encontraba la cocaína. En consonancia, bebía whisky del caro que, de sustituirlo por el vil garrafón, jamás habría notado diferencia ya que el sibarita debe emprender un arduo ejercicio de aprendizaje que el dinero, tan solo el dinero, no habilita. Por otra parte, había interiorizado la vorágine política de tal forma que la maestría en el juego de sombras chinescas estaba integrado en su currículum. Tanto era así, que su compañero de hipoteca desconocía (entre otras) su faceta nasal. Había adquirido un piso con su novio, el mismo novio desde hacía diez años, de la misma localidad el novio, encaminados al altar para reproducirse a la voz de ya; muy previsible todo ello.

Discreción; esa era la palabra que regía el devenir vital de Merceditas.

Discretamente pues, sin aspavientos ni abrazos almibarados, se acercó a Óscar y con igual circunspección recibió dos besos sociales. Departían respetando sus respectivos espacios, sonreían contenidamente, no obstante, yo era capaz de captar un asomo de nerviosismo intrigante en su fachada de naturalidad. Así permanecieron unos minutos hasta que Óscar decidió ejecutar una maniobra de gato viejo que no dudé en apuntar en mi agenda mental por si alguna vez.

La dirigió de espaldas al resto del pub, con premeditada accidentalidad, al dejar el vaso sobre la barra. Ya sin copa se plantó delante de ella muchísimo más cerca de lo que la simple cordialidad le facultaba. Únicamente yo percibía esa sutil violación de distancias por estar al quite de forma tan natural como ellos ejecutaban el artificio. Para el resto, seguían platicando.

Merceditas poseía unos pechos turgentes que jamás disimulaba, y esa noche nos deleitó con un escote de pico y un sujetador algo estresado. Mientras todos veían su espalda y a Óscar al otro lado, este, con la mano no gesticulante, rozaba los senos aleatoria y subrepticamente. Decidió coger la bebida de la barra, pero, en esta ocasión, no movió a Merceditas de su sitio, sino que grácilmente se balanceó sobre ella al pasar el brazo sobre su hombro a la vez que se aplicaba con fruición rodeando su pecho izquierdo. Finalmente, la churretosa magia se quebró por obra de un inesperado beodo con prisas por llegar al baño.

—Hasta luego —dijo Merceditas. A los dos—. Me voy a dormir que estoy hecha polvo. —La mitad del aforo quedó informado a pesar del volumen de la música o lo que sea que pincharan allí.

—Que usted lo pase bien. —Y se alejó dejando un rastro de feromonas perceptible al tacto y las bragas caladas. Volviendo a Óscar, sin demasiada convicción, lancé—: Si no tuviera novia te pediría que le propusieras un trío...

—Pues no te digo que no, cada día tiene menos vergüenza.

Ni que decir que a Óscar, Merceditas, le importaba nada en absoluto, de modo que no me hubiese extrañado la petición de aquel, ni la aquiescencia de esta pues el sentimiento era mutuo y yo no estaba de mal ver por aquel entonces, aunque eso era quizás lo de menos.

—Voy a esperar un poco, no vayan a sospechar —informó Óscar.

—Todos sospechan, pase lo que pase.

—De todas formas, nos acabamos el cubata.

—Porque no te pille el animal de su novio. —Levanté la copa.

—Vaya que sí —correspondió.

El novio de Merceditas, tan grande como Óscar, era un auténtico hombre de campo, rudo, curtido y con la convicción necesaria para no ser nunca civilizado si le manoseaban la patria, la familia o el tractor... por no hablar de la novia. Hecatómbico ataque de cuernos de consecuencias bíblicas sería la forma intelectualoide de definir una evisceración mediante disparo de escopeta de caza o una lobotomía sin anestesia con descomunal canto rodado.

Óscar se fue y allí me quedé en plena efervescencia sin nada con que contrarrestarla. A parte de tener pareja (y quererla), el proceso precoito era algo nebuloso para mí; no estaba dispuesto a reverdecer laureles por echar un polvo que me iba a saber más culpable que las monedas de Judas. De sumergirme un tanto, hubiese descubierto que no se trataba más que de pereza y la misma vagancia me impedía bucear a pulmón para terminar destapando que toda mi reticencia nada tenía que ver con la fidelidad.

Se cruzaron mas no se vieron; tampoco hubiese importado. Lo prudente era, de inmediato, mandar un mensaje a Óscar y que este, contase a Merceditas que lo cabal y preceptivo era volver cada uno a su casa. Yo hice mi parte, Óscar no. Qué más le daban las excusas que tuviera que inventarse ella: su novio, su problema. Punto de vista este que yo no compartía, claro está.

—Buenas —dijo.

—Buenas —dije.

—¿Has visto a Mercedes? —preguntó.

—Pues ha pasado por aquí y ha dicho que se iba a dormir o... —como buen Samaritano—... acercarse a hacer un trago a las fiestas de aquí al lado —respondí.

—Vale, igual me acerco por allí, a ver si la veo —afirmó.

—Pues si la ves le preguntas por mí —sugerí.

—¿Cómo? —dudó.

—Nada, nada —retrocedí.

—Hasta luego —se despidió.

—Hasta luego —me despedí.

Mientras implosionaba de risa me asaltó la cantinela de los payasos de la tele: “Hola don Pepito, hola don José... ¿Pasó usted por mi casa?... Adiós don Pepito, adiós don José”.

© del texto: Miguel Ángel Toro Riu, 2021
© de los preliminares: Salva Solano Salmerón, 2021
© de la imagen de portada: Pili Meler, 2021
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2021
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-9743-934-3
DL: L 225-2021
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.